

¡Qué simpática Concha Lizardi! ¿verdad? ¡Y qué gran señora Pepa Cardaña!... Usted sin duda que conoce á Chole Vivanco; es guapa, pero á mí más me gusta Catalina Barron... Sobre todo, como Lola Osio, la mujer de Sánchez Navarro, no hay ninguna; tan elegante, tan fina, tan dama; á mí me encanta. La que se conserva admirablemente ¿sabe usted? es la señora Rincón: la que es bonita muchacha es bonita vieja...

Y así seguía ensartando nombres y más nombres, unas veces con comentarios lisonjeros, otras con pullas maliciosas, siempre manifestando estar al cabo de todas las poridades de la alta y la baja sociedad.

Cristina estaba como quien ve visiones, pero cuando se descompuso como si hubiera penetrado un secreto terrible, fué cuando María le dijo un poco negligentemente:

—Somos paisanos su esposo de usted y nosotros. Él y yo ¡qué gracioso! jugamos á los novios cuando chiquillos. Por cierto que hicimos mil locuras. Me fué siguiendo hasta México y me encontró próxima á casarme. Hizo un berrinche, que ni le cuento á usted. Ahora todo está olvidado: él se casó y se casó bien; yo me casé y me casé mal: cada quien lo que le toca. ¿No le parece?

Cristina no contestó sino que vió de pies á cabeza á la interesada. ¿Conque ésta era María, la famosa María Delgado, hija del licenciado don Canuto Delgado y persona por quien su... su marido, había hecho la más estu-

penda serie de locuras? ¿Conque ésta era la que salía á charlar con él en ropas archimenores, á las tres de la madrugada y por una ventana sin rejas? ¿Conque ésta era la que se había tragado no se sabía bien cuántas onzas de láudano y que había sido vuelta á la vida con grandísimo trabajo, al extremo de que don Pablo Gutiérrez aseguraba que aquella cura era su mejor hazaña de médico? ¿Conque ésta era la que escribía billetitos obscenos, apretados de majaderías y de indecencias, que no se atrevería á escribir ella, la tonta, la ignorante, la hija de una bribona, la manceba de un viejo asqueroso, la querida de un señorito que se había encaprichado por su palmito? ¿Conque ésta era la loquinaria, la destornillada, la fantasiosa, la que había matado á disgustos á su madre y á su marido y sólo poseía por todo capital al vejete del padre, que era lo bastante bueno ó lo bastante imbécil para soportarla? ¿Conque ésta era...

Y la vió de pies á cabeza, desde el moño castaño que temblaba con los vaivenes del coche, los ojos cuyas pupilas parecían tomates verdes pelados, con todo y sus pepitas yacentes en el fondo, el rostro ripioso y respirando afeites, los dientes chiquitines, el cuello grueso y descendiendo en una línea muy clara y visible mediante el escote, los senos de giganta, como hechos para alimentar á media humanidad, la cintura gruesa y llena, las caderas anchas, los muslos apretados, el pie delgado y fino.

— ¡Cómo serás, pensaba Cristina, cuando te sueltes, cuando toda esa carne prensada, aprisionada, sujeta, quede libre de corsés, ligas, cintas y cordones! ha de ser más del doble del volumen.

Y empezó á mirarla con temor haciendo inventarios de los encantos que cada una podía tener.

— Este es un viejón espantoso; bien cuidado y todo, pero ya no se cuece de tres hervores. A mí esa carota de querubín de colateral no me llamaría la atención: fea, no es fea; pero con esa carne y esa piel tan curtida con el colorete... Parece que la echaron en el baño de raíz de timbre... ¡Y qué casualidad, que en vez de venir en compañía de tantas señoras como hay en la expedición, me haya tocado esta mona de cantera! Me da miedo con sus ojotes verdes montados al aire: parecen un par de chalhuites ó un par de sapitos saltones de esos que abundan en las calles de México...

A los siete días de caminar juntas, ya Cristina había perdido toda desconfianza y veía á la gigante como la persona más natural y corriente del mundo. A solas con Pepe solía reirse de los vapores de María, de sus pañuelos de batista, de sus medias de seda y de sus frascos de sales, y como el muchacho se asombraba de haber querido alguna vez á semejante esperpento, los temores de la chica se sosegaron del todo y no volvió á pensar ni en celos ni en traiciones.

Para llegar á la hacienda de Agua Nueva, el camino se extiende durante unas dos leguas por unas lomas en cuyo término se encuentran el puerto y el estanque de la Boca. Más allá sigue un descenso de unas cuantas varas, que continúa por camino llano hasta el puerto de Peñoles, en cuyos rellanos está la hacienda, término de la jornada.

Pepe se acercaba á los coches, investigaba si algo se ofrecía al viejo ó á las señoras, y regresaba á juntarse con su inseparable don Manuel Amores, que no le dejaba un punto.

En una de aquellas aproximaciones, don Canuto le interrogó con maña:

— Bueno, amigo, ¿y qué se sabe? Usted está donde se guisa y ha de tener noticias frescas.

— Señor, yo no sé una palabra. Ya se figura que el administrador general no ha de decir nada delante de mí, y que tampoco yo he de ir á preguntárselo.

— Pues todo está mal, querido, todo está mal. Ó á Juárez se le han mojado los papeles y anda como toro embolado, ó tiene unos consejeros de Barrabás. ¿Cómo se entiende, si no, que no arregle todo para que la nación se defienda pronto y bien? Porque á mí no me digan que ese sistema de huídas y más huídas, vueltas y más vueltas conduzca á algo ni sirva de nada.

No, amigo Brambila, no crea usted que hayan venido

por aquí puros empleados: ha venido algo más, ha venido la parte sana de la nación, muchísimos que son el germen de la sociedad nueva, que ha de dar la ley en la República pasados unos cuantos años. Aquí estamos los adjudicatarios, los dueños de bienes nacionalizados, los que no hemos tenido miedo á las excomuniones de la Iglesia ni á la mala opinión de las gentes... Dicen que ahora nuestras casas tienen *grito*, que apenas se compran ó se vendan ha de chillar el cochino y nos hemos de ver precisados á dejarlas; pero no lo crea usted, esto ha de subsistir, se ha de quedar, sean moros ó cristianos los que manden...

— ¿Y cuántas son las casitas, señor licenciado?

— ¿Las casas? Son pocas. Una en la calle de la Santísima, dos en el rumbo de San Cosme, una en Santa Teresa, tres en Recabado...

— ¡Ay, señor, no siga usted, que no va á acabar de contarlas en un año!

— No es para tanto, hombre. Me quedan sólo por contar una en la Alcaicería, otra en el Estanco de Hombres y dos en el Tepozán.

— Pues está usted plateado.

— ¡Qué plateado, hombre de Dios! Cuando eso valga será porque la rana críe pelos y el sapo cola.

— Ya le veremos á usted podrido en pesos.

— ¡Qué pesos ni qué ojo de hacha!... No, amigo; mi

propósito ha sido, al quedarme con esos terrenos, el probarle á las gentes que se puede ser hombre honrado y ayudar al gobierno en la empresa de desestancar la propiedad que ha acumulado el celo religioso mal entendido. Para mí esto no es cuestión de interés, es de patriotismo, de verdadero amor á nuestro país... ¿Qué voy ganando yo con tener esas casucas miserables, que no me han de dar ni el medio por ciento? Nada; me habría bastado con urgir al gobierno para que me pagara los buenos y seguros créditos que me adeudaba, y con eso habría tenido para pasarla bien y contento, pues invirtiendo esas sumas en prestar al mutuo usurario podría haber sacado el dos, el tres y hasta el seis por ciento mensual... Pero ¿iba á molestar al gobierno, á echarle al cuello lazo de puerco y rechine quien rechinare? No soy tan así, amigo mío...

— ¿Y qué piensa hacer usted?

— Amigo mío, esa es una de las cosas obscuras. ¿Qué voy á hacer? Ni yo mismo lo sé. ¿Hasta qué punto tiene un hombre, un partidario, la obligación de seguir al partido de quien depende? Es muy difícil resolverlo. Yo no busco á las personas, no me atengo á las individualidades: á mí me importan los principios, los puros y santísimos principios. Los franceses dicen que no plantearán un régimen reaccionario ciego y brutal, que dejarán vigentes la Constitución y las Leyes de Reforma, que garantizarán las adjudicaciones que hayan sido hechas regular-

mente y que sostendrán un gobierno fuerte y sabio á quien respetemos y que se haga respetar. Pues ¿qué más pedimos ni para qué necesitamos más? Si á Juárez le da la gana de andarse quemando la piel en estos destierros, ¿por qué hemos de andar nosotros con él? ¿por qué hemos de estar haciéndole el caldo gordo?... Las adjudicaciones serán respetadas, ¿lo oye usted? cada quisque podrá conservar lo suyo y todo el mundo en paz.

Llegaron al Saltillo en medio de los vítores y de la alegría de la multitud, y tan pronto como Juárez se hubo instalado y empezaron á funcionar los ministerios, don Canuto llamó á Pepe y le dijo recatadamente:

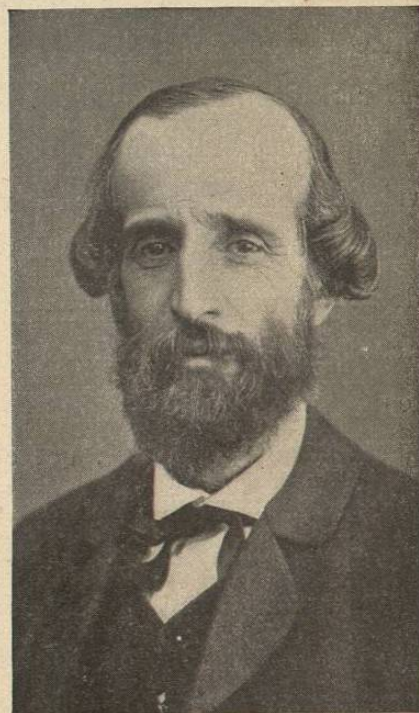
— Como prueba de que no conservo resabio de antiguas diferencias, y de que no les dí valor á sus muchachadas, quiero llevarle con una persona que ha de servirle: es un gran abogado y gente que ha de darle trabajo. No más, pico de cera; — y se puso los dedos pulgar é índice sobre los labios. — No conviene que vaya usted á salirle á don Guillermo Prieto con la pata de que va á escribirle cartas á Zamacona ó ayudarle á esto ó á lo otro. Me fijo en usted porque el paisanaje siempre tira, y porque sé que usted, como hijo de su padre, no ha de traicionar jamás á lo que prometa una vez.

Luego que Pepe hubo hecho todas las promesas y juramentos requeridos, el licenciado don Canuto Delgado le llevó á la casa de un sujeto que le dijo era nada menos

que don Manuel María de Zamacona, abogado, orador, ex ministro, periodista, personaje político y otras muchas cosas.

— ¿Conque usted tiene la dignación de hacerme la honra de venir á servirme en el modesto empleo de escribiente? Muchas gracias, dijo apretando con efusión ambas manos de Brambila con las dos suyas, finas y elegantes.

El ingenioso Brambila notó entonces que el caballero aquél era muy fino, muy discreto, hasta muy guapo con aquella su nariz y su melena románticas; pero que no hacía ni decía nada que no estuviera calculado y pensado de an-



DON MANUEL MARÍA DE ZAMACONA

temano. Su bastón era la copia de la caña de Belisario, su barba era á lo Jefferson, sus gestos á lo Adams, la entonación de su voz á lo Macaulay, su levita á lo Beaconsfield. La luz que entraba á su habitación estaba medida y tasada, la sombra que había de dar en el rostro de don Manuel era obra de cálculo.

— Vamos, le dijo á Brambila, siéntese usted y escriba lo que voy á dictar... «Reservadísima. Aparte... Señor Presidente de la República, Licenciado don Benito Juárez. Saltillo, Junio 16 de 1864... Punto y aparte... Querido amigo y respetable señor...» Dos puntos.

Consultó unos papeles que cogió de un gancho en que estaban prendidos, y siguió dictando mientras daba paseos por la habitación... «Un incidente que acaba de ocurrir me hace resolverme á romper el silencio que hace tiempo guardo con usted... Coma... acerca de la marcha de los negocios públicos... Coma... y de los sucesos que acaecen en esta ciudad... Seguido. El oficial que manda á los soldados encargados de echar leva... Coma... llegó hasta mí con aspecto... no, con aire... no, con ademán... con ademán amenazador por causa... no, á causa de que pretendí probarle que un hombre... mejor un infeliz... á quien conducía preso... más bien ponga usted forzado, era un doméstico honrado... Honrado no, porque es consonante de forzado; mejor escriba usted... pero, en fin, eso ya veremos de arreglarlo... honrado y padre de una familia numerosa.» Punto y aparte.

Dictó en seguida la historia de una niña pura y cándida como unas rosas seducida por un felón de oficial de guardia, y discurrió sobre el mal que esto podía hacer en el ánimo de las poblaciones.

Se arrellanó en un sillón, y con las manos en alto, la

mirada fulgurante y la melena movediza, dictó sin tropiezos el que en su opinión debía ser el párrafo principal de la carta:

«Permítame usted que le diga dos palabras acerca de ese punto. Usted sabe que nunca he pecado de intruso, y que hace mucho tiempo que no le digo ni una palabra acerca de negocios públicos; pero la crisis actual ha llegado al punto de que veamos que los mexicanos ya no tendrán patria en tiempo más ó menos distante. Recogiéndome en mi interior para ver qué se podría hacer contra semejante desgracia, he reconocido que mis esfuerzos se habían de limitar á la comunicación de mis pobres pero bien intencionadas ideas al encargado de salvarnos... No abrigue usted duda ninguna, tengo más razón que el apóstol dirigiéndome á usted y gritándolo como él: *sálvanos, Señor*, porque siento como él que las olas avanzan para sepultarnos, que nos falta el terreno que pisamos y que no podemos, como él, esperar la salvación mediante un prodigio sobrenatural, sino por el apoyo común de las fuerzas humanas. En efecto, señor, las olas de la invasión progresan sin dique ni resistencia y los confines del país, adonde no han llegado estas olas, ceden bajo nuestros pies y se truecan en terreno inseguro y enemigo. Estas ideas no son de un espíritu apocado; hace largo tiempo que las oigo en boca de todo el mundo. Los amigos del gobierno que aquí viven tenían el intento de ex-

ponérselas á usted en una carta confidencial, y aunque no están de acuerdo acerca de la forma que han de darle y sobre la conveniencia de ese acto colectivo, están de acuerdo en juzgar como yo la situación política. No creo, señor Presidente, que puedan ser tachadas de medrosas las gentes que han seguido al gobierno dándole pruebas constantes de sincero patriotismo; pero esas gentes no pueden menos de impresionarse viendo que se convierten en realidad las esperanzas de la intervención, que hace un año provocaba nuestra risa porque las creíamos quiméricas...»

Se despepitaba luego hablando de cómo el invasor había extendido en el país inmensas líneas militares; cómo había tenido la tranquilidad necesaria para ocuparse de trabajos propios de los tiempos eminentemente pacíficos; cómo había restablecido la línea telegráfica desde Querétaro hasta Veracruz uniéndola con otra línea en Chalchicomula; cómo había hecho llegar hasta Paso Ancho los trabajos del camino de hierro; cómo había regularizado el servicio de correos; cómo había restablecido la seguridad en los caminos; cómo había podido seducir á las poblaciones y granjeándose la confianza del público que ponía en sus manos grandes conductas de dinero, y cómo se atraía á los miembros del partido republicano.

Las cortes extranjeras reconocían el nuevo gobierno y

le proporcionaban fondos, el hermano del Emperador de Austria se decidía á ocupar el trono de México, el prudentísimo rey de los belgas inducía á su hija á que aceptara ese trono, y los banqueros de París y Londres abrían sus cofres para la realización del empréstito mexicano.

En cambio la defensa nacional andaba de capa caída; nadie nos hacía caso, nadie nos mencionaba, y las simpatías que había producido el sitio de Puebla se habían deshecho como la sal en el agua.

Nuestro gobierno estaba metido en un rincón del país, ignorado de las poblaciones, que acababan por echarse en brazos de la intervención, como lo estaba haciendo Yucatán. Como la defensa nacional no estaba en manos del gobierno, había tomado un carácter anárquico y destructor, fecundo sólo en ruinas y en mala fama.

¡Y qué política se seguía! Todo estribaba en esperar los errores de los adversarios; y la verdad es que la nación no quería que se dejaran su existencia y su porvenir fiados á las complicaciones de la política europea, al triunfo de los federalistas americanos ó á las dificultades que se provocaran los mismos invasores.

Y cuando firmó aquella enérgica catilinaria, después de ponerle puntos y comas y de releerla meneando la cabeza, viendo que todo era bueno guardó el pliego en su sobre y lo mandó á la casa del Presidente.